

GEORGE MOORE

Confesiones de un joven

Traducción de Ricardo Bestué



**Editorial
Belvedere**

Título original: *Confessions of a Young Man*

Primera edición: Febrero 2013

© de la traducción: Ricardo Bestué

© de la presente edición:

Editorial Belvedere, S. L.

Sociedad Unipersonal

Apartado de Correos 7191

28012 Madrid

E-mail: info@editorialbelvedere.com

www.editorialbelvedere.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-937947-3-6

Depósito legal: M-5323-2013

Impreso en España – *Printed in Spain*

Fotocomposición e impresión:

Imprenta Taravilla, S. L.

Mesón de Paños, 6

28013 Madrid

Índice

Dedicatoria	11
Prefacio	13
Nota del autor	19
Capítulo I	21
Capítulo II	31
Capítulo III	45
Capítulo IV	51
Capítulo V	61
Capítulo VI	79
Capítulo VII	85
Capítulo VIII. La síntesis del Nouvelle Athènes	105
Capítulo IX. Extracto de una carta	117
Capítulo X	127
Capítulo XI	139
Capítulo XII	159
Capítulo XIII. Pensamientos en una casa de huéspedes del Strand	177

Capítulo XIV	191
Capítulo XV	207
Capítulo XVI	213
Capítulo XVII	221
Capítulo XVIII	223
Culto a los cómicos	225
Una visita a Médan	243
Una actriz del siglo XVIII	259
<i>Le Revers d'un grand Homme</i>	267
Epístola a los galeses	275

CONFESIONES DE UN JOVEN

Editorial Belvedere

À JAIQUES BLANCHE

L'ÂME de l'ancien Égyptien s'éveillait en moi quand mourut ma jeunesse, et j'ai eu l'idée de conserver mon passé, son esprit et sa forme, dans l'art.

Alors trempant le pinceau dans ma mémoire, j'ai peint ses jouses pour qu'elles prissent l'exacte ressemblance de la vie, et j'ai enveloppé le mort dans les plus fins linceuls. Rhamesès le second n'a pas reçu des soins plus pieux! Que ce livre soit aussi durable que sa pyramide!

Votre nom, cher ami, je voudrais l'inscrire ici comme épitaphe, car vous êtes mon plus jeune et mon plus cher ami; et il se trouve en vous tout ce qui est gracieux et subtil dans ces années qui égouttent dans le vase du vingtième siècle.

G. M.

PREFACIO

Si digo que el último tramo del siglo XIX no puede presumir de un libro más original que *Confessions of a Young Man*, se me tildará de presuntuoso y arrogante, pero si el lector no deja el libro de lado, probablemente descubrirá en mí a un hombre que en todo momento hablará con sinceridad, incluso de su propia obra, lo que le deja expuesto a una enorme hipocresía y falta de sinceridad, vicios que me resultan particularmente desagradables, y que evitaré en el prefacio como los he evitado en el libro. Por lo tanto, entiendo que los adjetivos que surgieron en mi mente al revisar estas *Confessions of a Young Man* eran «originales» e «incompletos». Nadie objetará a que yo aplique el término «incompleto» a mi propio libro, pero el de «original», ¿cómo lo puedo justificar? Pues mediante una simple afirmación diciendo que el libro debe su originalidad a la aparición de una serie de circunstancias más que a algún tipo de talento especial del escritor. Alegría, una gran vivacidad... ¿talento? No tengo claro que el término «talento» se pueda aplicar a este libro.

En la época en la que lo estaba escribiendo no sabía nada acerca de Jean Jacques Rousseau. Resulta difícil creer que yo haya podido haber vivido una madurez precoz sin haber oído hablar de él, pero *Confessions of a Young Man* certifica que nunca lo leí; una página de Jean Jacques habría hecho inviable el libro del que estoy escribiendo el prefacio; se podría haber escrito otro más completo,

pero menos original. Lo escribí sin basarme en ningún modelo, al igual que Jean Jacques, que también escribió así, pero él lo hizo al final de su vida, entre los sesenta y los sesenta y cinco años. Su obra es la vida vista bajo extensos y misteriosos puntos de vista, en tanto que mi libro no es más que la neblina evanescente en los lindes de un bosque, el encanto de una mañana de mayo. La juventud se pone en camino cantando; la canción es, a menudo, vulgar y superficial; la juventud no puede ser más que superficial; pero el libro balbucea con espontaneidad y sinceridad, y es por esto que le gustó a Pater y que extraigo la carta que publico.

Brasenose College, 4 de marzo

Mi querido y audaz Moore,

Muchas gracias por *Confessions of a Young Man* que he leído con gran interés y admiración por su originalidad, por sus encantadoras críticas, por su aristofánica dicha, o como mínimo, placer, en vida, por su inagotable vivacidad. Naturalmente, hay muchas cosas en el libro con las que no estoy de acuerdo. Pero claro, en el caso de un libro tan crítico, supongo que lo mínimo que puede esperar uno es estar o no de acuerdo. De lo que no tengo ninguna duda es de la habilidad literaria mostrada. Después de acabar su libro, me siento inclinado a decir: «¡Me llega de forma muy misteriosa!»; «forma», me refiero moralmente, no en cuanto al estilo.

Usted habla de mi obra en un tono muy agradable; pero mi placer no ha tenido nada que ver con ello. Y aún me pregunto cuánto puede salir perdiendo, tanto usted como su obra, ya que, a pesar de su alegre, bondadoso y genuino sentido de la belleza de muchas cosas, debo decir que es una manera cínica de mirar la vida y, por lo tanto, exclusiva. Usted simplemente la llama «realista». ¡No siga por ahí!

Con mis sinceros deseos para futuros éxitos de su muy amena pluma,

Muy atentamente,
Walter Pater

Una carta cautivadora, pero Pater no podía más que escribir cautivadoramente. Es posible que su verbo sea más cautivador que cualquier otro. Le revela, y yo continuaría la revelación con otro tipo de literatura si hubiese conseguido preservarla. Sus invitaciones a cenar, que las he guardado, todavía me habrían permitido mostrarle con más claridad, y bajo la mirada que a mí me gusta, mostrarle ante el lector como alguien que se ha prohibido a sí mismo ponerse manos a la obra sin plasmar parte de su arte sobre el papel aunque el tema de discusión no fuese más que: «¿Cenará conmigo el jueves?». Hemos perdido a un gran artista en Pater ya que pudo haber hecho esto sin estar bajo la sospecha de esa mojigatería que comienza tan pronto el artista empieza a preparar su mente para tener en cuenta los medios y no los fines; Pater nunca perdió de vista el fin; y su código de vida para apartarse completamente de su arte apareció de forma instintiva; su arte era para él lo que el nido para un pájaro posado; si fuese a estar fuera durante mucho tiempo, podría encontrarse el nido desarreglado o encontrarse con que le han sustituido. Las vistas y los sonidos del mundo exterior podrían haber hecho menos atractivo su propio objetivo... con el fin de elevar su literatura a la condición de música. Para hacer otras cosas y no haberlo conseguido habría sido, bajo su punto de vista, no haber hecho nada, y para hacerlo, repito, creyó que nunca debía separarse completamente de su arte. Así pues, siempre estaba tomando notas; coma, punto y coma, dos puntos, guión, y signos de admiración y de interrogación. Pero Pater también fue el más cortés de los hombres, y cuando nos quería hacer creer que estaba tomando notas mientras estaba con nosotros, adiestraba su rostro para mantener una expresión formal e imperturbable tras la cual él pudiese dedicarse a sus ininterrumpidos ritmos. La máscara de Pater era el tema de muchos debates cuando acudíamos al Earl's Terrace en High Street, pero dudo de si alguien jamás confirmó el verdadero motivo de la cautela de Pater hacia sí mismo. Nos dimos cuenta, sin embargo, que a sus seguidores no les importaba abordarle cuando salía a pasear; pero bastaba una rápida seña de reconocimiento con la mano para apretar el paso anotando sus

pausados ritmos. Nosotros dábamos por sentado que estaba tomando notas, pero la conclusión normal de que su código de vida fue el de no abandonar nunca del todo su arte se nos escapaba... Ahora lo recuerdo todo. Puedo ver a Pater y a André Raffalowich a la mesa con dos rosas descomunales a ambos lados del primero, que no deja de tomar notas. Dudo de si jamás dejó de hacerlo exceptuando cuando dormía.

Se me hace pesado hablar de Pater casi tanto como hablar de Manet habiendo echado ambos profundas raíces en mi espíritu, pero ahora debo dejar ineludiblemente a Pater por *Confessions of a Young Man*. El libro es una suerte de génesis; la semilla de todo lo que he escrito desde entonces se encuentra aquí. En cierta ocasión, un amigo mío me dijo: «No dejas de pensar en *Esther Waters*», y cuando le pregunté a qué se refería, me contestó: «Pues que ella está presente en *Confessions of a Young Man*», y durante un tiempo se me escapó lo que quiso decir; luego entendí que la criada, Emma, debía haber dado origen a la historia. También es un libro que puede ser descrito como una declaración de ideas y de gustos, de mi amor por lo mejor de la literatura moderna y de mi amor por lo mejor de la pintura moderna, y de mi antigua debilidad por las mujeres delicadas y apasionadas. La que escribe una carta describiendo la venta de mis muebles de la Rue de la Tour des Dames es un ejemplo. Ella, un rayo de erotismo, se deja caer entre las páginas pero para desaparecer poco después, ya que el libro estaba más preocupado por el arte que por el esparcimiento del artista; y yo me alegré de averiguar que mis gustos son hoy en día los que fueron a principios de los años ochenta.

Los primeros elogios escritos en Inglaterra, casi que podría decir que en cualquier idioma, de Manet, Degas, Whistler, Monet, Pissarro, están en este libro, y quienquiera que lo lea se verá incapaz de negar que el tiempo los ha reivindicado a todos espléndidamente.

En la presente edición he añadido algunos poemas franceses, pero el lector no reflexionará que por qué he hecho esto de dar cierta importancia literaria a estas nimiedades; sé que cualquier

escrito en una lengua extranjera no tiene ningún valor, pero los poemas fueron escritos más o menos en la época de *Confessions*, pertenecen a este periodo. El soneto en el que yo dedico la obra de teatro *Martin Luther* a Swinburne es excepcional por un error en francés que Mallarmé detectó inmediatamente, pero que nadie más ha sido capaz de descubrir, aunque haya estado sometido a la mirada de muchos poetas. También he añadido una tercera traducción de Mallarmé, la edición original contiene traducciones de dos poemas en prosa, aunque hayan tres; el tercero fue omitido supongo que por pereza, o puede que porque no me gustase tanto como los dos primeros. Ahora me parece especialmente hermoso incluso traducido, y creo que los lectores probablemente me agradecerán haberlo hecho.

Un tercer añadido consiste en varios versos inspirados en el retrato de la segunda esposa de Rubens, Helen Fromont, y el cuarto es una balada al estilo del maestro François Villon, un tanto floja en cuanto a la versificación y que tiene, creo yo, un error en la prosodia: contar «*louis*» como una sílaba cuando seguramente debería haber sido contada como dos... Este error en la versificación ha sido corregido en las pruebas de imprenta, y ahora la balada está libre de una falsa prosodia a menos que se considere falsa prosodia no cumplir con el hemistiquio en versos de diez sílabas; en versos de doce (el auténtico verso francés) el hemistiquio ha sido abolido por anticuado desde que Banville escribió el famoso verso: «*Elle filait pensivement la blanche laine*», un verso que imitó Richepin con: «*Elle tirait nonchalamment les bas de soie*». Sin embargo, publico esta antigua balada más por el tema que por la versificación; porque así se explica cómo a finales de los años setenta, los que pasábamos las noches en el Nouvelle Athènes, solíamos recurrir al burdel para nuestras inspiraciones literarias. Cada época tiene sus temas favoritos. Byron y Shelley recurrían al incesto para las suyas, y el burdel, que ha sido negado por los poetas desde que Villon escribió su célebre balada *La Grosse Margot*, empieza de nuevo a mostrarse en alto, quizás sobre las laderas de las montañas más bajas, pero todavía estaba sobre las laderas del Parnaso que Richepin describió en *Les chansons des*

gueux; Maupassant llegó más tarde con su *Maison Tellier*. Mi viejo amigo, Paul Alexis, contribuyó en cierta medida, y mi balada es el último ejemplo de una literatura sobre la que a los profesores de literatura les gusta escribir, o, más bien, a la que les gusta aludir, sin dejar nunca de añadir: «Felizmente desaparecida».

Editorial Belvedere

NOTA

Revisando el volumen titulado *Impressions and Opinions* con miras a su inclusión en una edición completa de mi obra, vi que constaba de artículos escritos sobre todo tipo de temas y con diferentes estilos. Los artículos han sido recogidos a partir de varias fuentes e inmediatamente decidí que *Impressions and Opinions* no podría ser admitido dentro del canon. Pero pasando las páginas me encontré con media docena o más de artículos que llamaban la atención lo suficientemente como para extraerlos con vistas a utilizarlos si se presentara la ocasión, y la ocasión se presenta ahora. Toda mi obra está apareciendo a diez chelines y seis peniques la edición. Las numerosas páginas de esta edición reducirán el exíguo volumen titulado *Confessions of a Young Man* a un mero panfleto. Los artículos que se guardan en un cajón tienden a desaparecer; yo también comparto esta tendencia y en mi futura ausencia el editor escogerá los artículos que me resulten más desagradables del inaceptable volumen con el fin de meter paja; y es con la esperanza de escapar de este destino que añado como apéndice a *Confessions of a Young Man*: «Una actriz del siglo XVIII», «Culto a los mimos», «Una visita a Médan», «*Le Revers d'un Grand Homme*», y «Epístola a los galeses».

G. M.

CAPÍTULO I

Mi alma, hasta donde alcanzo a comprender, ha ido adquiriendo forma y color con afabilidad a partir de los distintos estilos de vida que la obstinación y un temperamento impulsivo me han obligado a satisfacer. Por tanto, puedo afirmar que estoy libre de toda cualidad, defecto, gusto, etc., original. Lo que es mío lo he aprendido yo, o, para ser más exacto, me lo ha otorgado el azar, y me lo sigue otorgando. Vine al mundo aparentemente con el carácter de una suave hoja de cera, virgen, pero apta para imprimir cualquier cosa sobre ella y ser moldeada de cualquier manera. Tampoco exagero cuando digo que creo que podría haber sido un faraón o un mozo de cuadras, un proxeneta o un arzobispo, y hubiese triunfado con toda seguridad en el cumplimiento de las obligaciones de todos ellos. He sentido el estímulo de muchos impulsos y he seguido el rastro de muchas huellas, y cuando perdía una pista seguía otra con la tenacidad del instinto más que con el fervor de una convicción razonada. Es cierto que a veces se producían momentos de fatiga y de desaliento, pero éstos no eran impercederos: una palabra pronunciada, un libro leído, o rendido a la atracción del entorno, me hacían cambiar pronto de dirección, olvidadizo de fracasos pasados. Efectivamente, el laberinto de mis deseos era intrincado; todas las luces fueron seguidas con el mismo ardor, todas las llamadas fueron respondidas con avidez tanto si provenían de la derecha como de la izquierda, o

de cualquier otra parte. Pero una de esas llamadas era más persistente, y con los años aprendí a seguirla con creciente vigor al tiempo que disminuían mis desorientaciones y se ensanchaba el camino.

Tenía once años cuando oí y obedecí por primera vez esta llamada, o, ¿debo decir, eco-augurio?

Escenario: un gran carruaje familiar tirado por dos robustos caballos de campo avanzando pesadamente a lo largo de un estrecho camino irlandés. Los siempre recurrentes símbolos: las largas cordilleras de montañas azules, la sucesión de ciénagas, la cabaña infecta y las bandadas de chorlitos alzando el vuelo desde las sombrías aguas. En el interior del carruaje hay dos chicos. Llevan corbata y estrenan americana, sus rostros están pálidos y somnolientos, y el traqueteo del carruaje les hace sentir algo indispuestos. Son las siete de la mañana. Frente a los chicos se encuentran sus padres hablando de una novela que está leyendo todo el mundo. ¿Mató lady Audley a su marido? ¿Lady Audley! ¿Qué nombre tan hermoso! Y ella, una mujer esbelta, de tez pálida, con pinta de hada, mató a su marido. Son este tipo de pensamientos los que pasan por la cabeza de un chico; los que estimulan y avivan su imaginación, y exigen una explicación. El carruaje avanza torpemente por el camino, llega a su destino y lady Audley es olvidada a cambio del placer de derribar árboles frutales y matar un gato.

Pero cuando regresamos a casa aproveché la primera oportunidad que tuve para coger a hurtadillas la novela en cuestión. La leí con avidez, con pasión, con vehemencia. Leí su secuela y la secuela de su secuela. Leí hasta llegar a un libro llamado *The Doctor's Wife*, una mujer que amaba a Shelley y a Byron. Había magia en él, una revelación en el mismo nombre mientras Shelley se convertía en la divinidad de mi alma. ¿Por qué amaba a Shelley? ¿Por qué no me atraía Byron? ¿Shelley! Aquel nombre de cristal, y su poesía igualmente cristalina. Debo verle, debo conocerle. Me escapé de la habitación de estudio y registré la biblioteca cuando, por fin, se vio recompensada mi pasión. El libro —una pequeña edición de bolsillo de cantos rojos que, sin duda alguna,

llevaba mucho tiempo agotada— se iniciaba con el capítulo «The Sensitive Plant». ¿Me defraudó? Creo que había esperado poder entenderlo mejor, pero no tuve dificultad alguna en asumir que me dejó satisfecho y complacido. Desde ese momento, el pequeño volumen nunca abandonó mi bolsillo, y leía las deslumbrantes estrofas a orillas de un lago irlandés de color verde claro, comprendiéndolo poco y apreciándolo muchísimo. Byron, también, me acompañaba a menudo, y estos poetas fueron la madura influencia de años que, por otra parte, simplemente fueron exaltados y bulliciosos.

Me llevaba a mis poetas a la escuela porque me encantaba leer *Queen Mab* y *Cain* entre los curas y la ignorancia de un odioso colegio católico. Y así, de esta manera, mis poetas me salvaron del salvajismo intelectual; por eso fui incapaz de aprender nada en aquella época. ¡Qué holgazanería más decidida e incorregible! Solía quedarme mirando fijamente un libro con ternura, sosteniendo la cabeza con las dos manos, y dejando que mis pensamientos se adentraran en los sueños y en delicadas imaginaciones. No podía aprender ni latín, ni griego, ni francés, ni historia, ni redacción en inglés a menos que, claro está, tuviese alguna curiosidad o algún interés personal, por lo que conseguía grandes progresos en aquellas ramas del conocimiento hacia las que se dirigía mi atención. Una mente hasta entonces oscura parecía aclararse repentinamente, y se quedaba despejada y brillante mientras durase la pasión; pero tan pronto como desaparecía ésta la mente empezaba a nublarse, y se quedaba fija, prácticamente inamovible, en alguna tontería hasta que volvía a despertarse gracias al estímulo de algún nuevo impulso.

Yo era el clásico chico al que ningún maestro de escuela deseaba, y el fin lógico a este temperamento díscolo tan propio era la expulsión. Así que fui expulsado a los dieciséis años por holgazanería e ineptitud generalizada y regresé a la casa familiar donde encontré a mi padre entregado al entrenamiento de caballos de carreras. Para una naturaleza con una vitalidad tan intensa como la mía se necesitaba ambicionar algo, aspirar a algo; por lo que, como he venido haciendo desde entonces, acepté el primer

ideal que tenía a mano. En esta ocasión fueron las *cuadras*. Pusieron a mi disposición un caballo de caza, y todas las semanas salía a cazar montado a caballo y acompañado de sabuesos, galopaba todas las mañanas, consultaba el calendario de carreras de caballos, las últimas apuestas, y esperaba con entusiasmo que llegara el día en que fuese reconocido como jinete de carreras de obstáculos de éxito. Montar el caballo ganador de la Liverpool Steeplechase me parecía la hazaña y la gloria definitivas; y sin ningún accidente de por medio, es muy posible que pudiese haber tenido éxito en su consecución, si no el honor pensado, sí ligeramente inferior, como... ¡vaya!, ahora no me acuerdo de ninguna carrera con el valor e importancia necesarios. En esta época mi padre fue elegido miembro del Parlamento; nuestro hogar se disolvió y nos mudamos a Londres. Pero no es fácil desplazar un ideal erigido sobre su pedestal, y perseveré en mi pasión a pesar de las pobres promesas que la vida londinense ofrecía para su consecución final; así que, subrepticamente, continué alentándola a base de pequeñas apuestas que hacía en un pequeño estanco. Recuerdo bien aquella tienda, la cara grasienta del dueño de patillas rojizas, su libro de apuestas, los cigarros baratos sobre el mostrador, el apático tuerto que se pasaba las tardes apoyado en él, y que se suponía que conocía a alguien quien a su vez conocía al sirviente de lord fulanito y el poderoso del que a menudo se hablaba y al que rara vez se le veía... aquel que hizo una apuesta de doscientas libras en el Derby; y el constante ir y venir de taxistas: «Media onza de tabaco, señor.» En aquel entonces tenía un tutor militar en Euston Road; por lo que, en respuesta a la pregunta de mi padre sobre que profesión tenía intención de ejercer, tuve que consentir en entrar en el ejército. En mi fuero interno sabía que cuando llegase el momento yo tenía que rechazarlo porque el concepto de la disciplina militar me resultaba sumamente repugnante, y la posibilidad de una muerte anónima en el campo de batalla no podía ser aceptada por un joven tan tímido, un joven lleno de personalidad propia. Dije que sí a mi padre porque andaba escaso de valor moral para negarme, así que deposité todo lo que pude mi confianza en el futu-

ro, ya que se extendía ante mí todo un horizonte de vagancia, y las posibilidades de aprobar el examen eran, claro está, remotas.

En Londres conocí a un imponente hombre rubio¹ que hablaba sin cesar de mujeres hermosas, y que de vez en cuando las retrataba proporcionalmente desmesuradas, en posturas aletargadas y con tintes lujuriosos. Su estudio era un agradable contraste con los escupitajos y las apuestas del estanco. Sus cuadros, improvisaciones al estilo de Doré, desprovistos de técnica, y, en realidad, de percepción artística, salvo un cierto sentimiento por la grandilocuencia y lo noble, me maravillaban y me sobrecogían. «¡Sería genial ser pintor!», me dije en cierta ocasión de forma totalmente involuntaria. «Vaya, ¿te gustaría ser pintor?», me preguntó él de repente. Me reí sin sospechar que no poseía ni la más mínima aptitud, como efectivamente era el caso, pero la idea continuó metida en mi cabeza, y poco después empecé a realizar bocetos en calles y en teatros. Mis intentos no fueron muy fructíferos, pero me animaron para decirle a mi padre que ya no volvería a asistir a la tutoría militar, así que me dejó entrar en el museo de Kensington como estudiante de arte. Allí, por supuesto, no aprendí nada, y, desde un punto de vista meramente artístico, hubiese sido mucho mejor haber seguido con mis bocetos en la calle; pero el museo fue una bonita y beneficiosa influencia, una influencia maravillosamente aplicada al acuciante peligro del momento ya que en las galerías del museo conocí jóvenes que hablaban de cosas distintas a las apuestas y a las carreras de obstáculos, y que, recuerdo bien, y entonces lo tenía claro, parecían tener un ideal más elevado que el mío y respirar una atmósfera de pensamiento más pura que la mía. Y luego, ¡la grata y blanca paz de la antigüedad! La majestuosa y tranquila observación que no supone ni tristeza ni alegría, sino algo que desconocemos, que el mundo ha perdido para siempre.

«Pero si quieres ser pintor debes ir a Francia... Francia es la única escuela de Arte.» De nuevo debo volver a llamar la aten-

¹ James Browne, primo de George Moore, que sirvió de modelo para el personaje de Barton en *A Drama in Muslin* (1886). (*N. del T.*)

ción sobre el fenómeno del eco-augurio, es decir, de las palabras que se oyen en un inesperado momento que, sin ningún llamamiento a la razón, animan a creer. ¡Francia! La misma palabra resuena en mis oídos y brilla en mis ojos. ¡Francia! Todos mis sentidos saltaron de un brinco del sueño como la tripulación de un barco cuando el vigía grita: «¡Tierra a la vista!» Inmediatamente supe que tenía, que debía ir a Francia, que viviría allí y que me volvería francés. No sabía cuándo ni cómo, pero sabía que debería ir a Francia...

Así que mi juventud se topó con la madurez, encontrando su camino de roca en roca, como un arroyo, aumentado su fuerza a cada salto. Un día mi padre fue llamado repentinamente a Irlanda. Pocos días después llegó un telegrama, y mi madre leyó que se exigía nuestra presencia junto a su cama. Hicimos el viaje por tierra y por mar; y una tarde de invierno, en una inhóspita carretera de campo, se nos acercó un hombre y le oí decir que todo había terminado, que mi padre había muerto. Yo quería a mi padre; y aún así mi alma dijo: «Me alegro.» El pensamiento fue espontáneo, indeseado, y escurrió el bulto horrorizado por la visión que proporcionaba mi alma.

Oh, padre, yo, quien solo quiere y reverencia, te quiero y te reverencio; eres la única imagen pura en mi espíritu, el único verdadero afecto que no ha roto ni ha estropeado la vida; recuerdo tu voz y tus amables y alegres modales. Todos los bienes materiales y todo el ingenio innato que poseo te lo debo a ti... y ¿era yo el que estaba alegre? No, no era yo; no me preocupaba el pensamiento espontáneo e indeseado que cayó sobre mí; mi voz interna no puede ofrecerte más que elogios y palabras afectuosas; y la voz que dijo «me alegro» no era mía, sino la del deseo de vivir que heredamos del polvo primario a través de incontables generaciones. La voz del deseo de vivir es espantosa e imperativa: dejad que el inocente arroje la primera piedra.

El día en el que uno ve su alma desnuda, despojada de todo velo, es espantoso; esa alma querida que no puede cambiar o mudarse, y que es irremediablemente suya.

La muerte de mi padre me liberó, y me impulsó hacia la luz

como una rama que se desprende de su atadura. Su muerte me dio fuerzas para crearme a mí mismo, es decir, para crear un completo y absoluto yo sin tener en cuenta el yo incompleto que era todo lo que me habían permitido las ataduras del hogar; este futuro yo, este George Moore ideal, me hacía señas, me atraía como un fantasma; y mientras seguía las exequias, la pregunta de si sacrificaría este yo fantasmagórico si de esta manera devolviese la vida a mi padre, se presentaba incesantemente, y me encogí horrorizado ante la respuesta que no me podía quitar de la cabeza.

En aquel momento mi vida era como un jardín en el emotivo letargo de la primavera; era como una flor consciente de la luz. El dinero me llegó a las manos y descubrí todo lo que éste representaba. Tenía ante mí el lago cristalino, las montañas remotas, los bosques agitándose... dicho en una sola palabra, esa palabra era... yo; no el yo que por aquel entonces era el mío, sino el yo en cuya creación me había empeñado en sacar adelante con entusiasmo. Pero me sentí como un asesino cuando volví para abandonar bruscamente la casa que tenía, que no podía más que pensar injustamente, que había llegado a poseer. A medida que exploro este doloroso momento psicológico, aunque me diese perfecta cuenta de que tenía a mi alcance todos los placeres: mujeres, trajes elegantes, teatros, salones... apenas pensaba en ellos, sino que pensaba mucho más en ciertos dibujos de moldes de escayola. Yo sería artista. Estaba decidido más que nunca a serlo, y mi cerebro estaba concebido para este deseo cuando viajé tan rápido como un tren y un barco de vapor me pudieron llevar a Londres. Se acabaron las ataduras, ya no había ninguna necesidad de ser soldado, no era más que un chico de dieciocho años, ¡con la vida y Francia por delante! Quería sentir el pulso de la vida en casa antes de sentirlo en el extranjero, y en mi imaginación apareció un estudio... tapices, modelos y preparativos para ir a Francia.

Es complicado contar toda la verdad sin transmitir una falsa impresión; y de buen grado reflejaría mi alma en estas páginas como un rostro se refleja en una piscina de agua transparente. En

cierta manera, la verdad es que mi estudio no era más que un entretenimiento, un medio de desprenderse con eficacia de toda compostura; había un Botticelli en el National Gallery que me tenía ensimismado; y cuando miro hacia atrás y contemplo el pasado, me veo obligado a admitir que podría haber crecido en circunstancias menos afortunadas, ya que incluso el estudio, con sus libertinajes —que fueron muchos— no fue algo inútil; desarrolló al hombre natural que se educa a sí mismo, que deja que crezca y madure su espíritu bajo el sol y el aire de la vida moderna en contraposición al universitario, que se alimenta con el polvo de los siglos, y acorde a una fórmula compuesta para que se adapte a las necesidades del ser humano común.

En aquella época mis lecturas tampoco estaban tan limitadas como se podría esperar de lo escrito anteriormente. El estudio de la poesía de Shelley me condujo a leer a casi todos los poetas líricos ingleses; el ateísmo de Shelley me llevó a leer a Kant, Spinoza, Godwin, Darwin y Mill. Así pues, se comprenderá que Shelley no solamente me proporcionó mi primera alma, sino que guió todos sus primeros vuelos. Pero aunque Shelley no hubiese sido más que un poeta, no creo que hubiese conseguido tal influencia en mis tendencias juveniles a pesar de mi genuino amor por los versos; pero él soñaba en un lenguaje metafísico, un sueño muy ligero si queréis, pero justo el que yo podía seguir. ¿Había o no había un Dios? Durante muchos años no pude descartar esta pregunta como parte de la locura del mundo, y busqué una solución inclinándome hacia el ateísmo, por lo que era normal en mí oponerme a la rutina de la reflexión diaria. Creo que fue al poco de entrar en la adolescencia, poco después de mi expulsión de Oscott por negarme a confesarme, que decidí contarle a mi madre que ya no creía en Dios. Estaba apoyada en la repisa de la chimenea del salón; pero a pesar de ser una mujer religiosa, no pareció asustarse lo más mínimo, simplemente se limitó a decir: «Siento mucho que así sea, George», con lo que me quedé profundamente horrorizado ante su indiferencia.

Ver que había música y ateísmo en la poesía hacía que me ocupase poco por las novelas. Scott me parecía estar al mismo

nivel de los discursos de Burke; es decir, demasiado impersonal para mi gusto. A Dickens me lo sabía de memoria, y creía que *Bleak House* era su mayor logro. Thackeray no dejó una impresión muy profunda en mi mente; no consiguió apoderarse de mis pensamientos. No era pintoresco, como Dickens, y a mí, que estaba ansioso por tener una filosofía de vida aceptable, su sátira social me parecía una cerveza pequeña. ¡Aceptable!, una palabra que utilizaba de joven cuando estaba sediento de grandes verdades: *Middlemarch*, *Adam Bede*, *The Rise and Influence of Rationalism*, *The History of Civilisation* fueron casos trascendentales en mi vida. Pero amaba más la vida que los libros, y mis estudios y mis placeres seguían el mismo ritmo con gran curiosidad, caminando juntos como un par de caballos de tiro bien entrenados: mientras esperaba mi carruaje para dirigirme a una fiesta de *tarts* y *mashers* en el Derby, me ponía a leer un capítulo de Kant, y me metía el libro en el bolsillo con la esperanza de encontrar algún momento libre para dedicarme a él en las carreras. Me gustaba gastarme el dinero en colonias y en chismes de baño tanto como me hubiese gustado mantener a una familia pobre durante diez meses; me gustaba la refinada luz del sol del parque, las cabalgatas polvorientas e indignar a mis amigos por hacer reverencias a aquellos a quienes no debiera hacerlas. Cultivé con esmero la relación con un vecino que había cogido el Globe Theatre con el propósito de producir óperas de Offenbach. Me encantaban los ramos de flores, el patio de butacas y las llamadas con el timbre; y por encima de todo, la vida del teatro —esa vida de luz de gas dura, de paredes blanqueadas, de versos superfluos, de polcas y valsos vulgares— me interesaba más allá de toda medida razonable por lo curioso e irreal que parecía. Vivía en casa, pero cenaba en un restaurante de moda, y a las ocho y media estaba en el teatro. Saludaba familiarmente con la cabeza al portero y recorría todo el pasillo hasta el escenario. Todo esto después de cenar. Mis lugares favoritos eran el Cremorne y el Argyle Rooms. Mi madre sufría y esperaba que me arruinase porque no me tomaba ninguna molestia en disimularlo; alardeaba de libertinaje. Pero no había ninguna necesidad de pasar miedo porque, por

naturaleza, estaba dotado de un instinto muy agudo de supervivencia; ni apostaba ni me emborrachaba, ni contraía deudas, ni me casé en secreto; desde un punto de vista mundano, era todo un joven modelo; y cuando regresaba a casa a las cuatro de la mañana, observaba como palidecía la luna y, repitiendo unos versos de Shelley, pensaba como iría a París cuando fuese mayor de edad para estudiar pintura.

Editorial Belvedere